

No descarto llegar al Parlamento

A los 55 años de edad, José Miguel Insulza asegura haber llegado a su meta: la cartera de Relaciones Exteriores. Sin embargo, este ex demócratacristiano, ex Mapu y actual socialista, que se inició como dirigente de la Fech en los años 60, sostiene que en política siempre se da un paso más allá. ¿Qué le falta ahora? Lo ha pensado, pero no sabe si a estas alturas de su vida exhibe los requisitos necesarios para llegar a ocupar, más adelante por supuesto, el sillón de la Moneda. Tal vez le falta ambición o ganas, dice, pero no descarta nada en su futuro, y —en este sentido— mira de reojo hacia el Congreso. Lo que sí está claro es que no piensa terminar su vida política con el cambio de milenio.

Apenas asumió después de sus vacaciones, tuvo que apagar los primeros incendios de su carrera. Salió en defensa de funcionarios de la Cancillería acusados de peligrosas vinculaciones con el régimen militar. Ahora, el fuerte viento que amenaza provocar nuevos incendios sopla desde el Atlántico norte. La justicia inglesa debe decidir el futuro de Pinochet, cuando todavía no se extinguen las llamas que encendió la intervención vaticana en favor del senador vitalicio.

El Gobierno, ¿efectivamente solicitó al Vaticano que interviniera en el caso del general Pinochet?

—Esta historia del Vaticano es de octubre-noviembre. Hicimos contactos privados con un conjunto de países para explicarles nuestra posición, y decirles por qué estábamos actuando de esta manera en el tema de Pinochet.

Eso fue un encuentro de Mariano Fernández con monseñor Angelo Sodano, el 1 de noviembre, en la residencia papal veraniega de Castelgandolfo.

—Claro. Y efectivamente el entregó toda la información en el Vaticano.

¿Hubo una petición en particular?

—Mire, uno no puede pedirle a los países que... Si usted me dice si se puede considerar la entrega de información como una petición tácita, la respuesta es sí. Nosotros le entregamos la información a muchos países, y no todos reaccionaron.

¿A qué otros países se la entregaron?

—No, no. Yo no lo voy a decir. Eso le

los argumentos que el Estado y el Gobierno de Chile presentaban en esos momentos, y que eran de pleno conocimiento de la opinión pública, del Congreso y de los partidos políticos. Lo que pasa es que aquí cambian los climas; entonces, a fines de octubre y principios de noviembre, cuando se hablaba de gestión humanitaria, todos decían bueno, sí. Ahora que están a punto de fallar los Lorea y se dice gestión humanitaria, la misma gente que decía que estaba bien en noviembre, rasga vestiduras en marzo.

OTROS GOBIERNOS

El Gobierno norteamericano, ¿también reaccionó de acuerdo con lo esperado por Chile? Hubo una declaración en ese sentido del Departamento de Estado.

—Sí. Lo hizo dentro de los marcos de lo que nosotros hubiéramos esperado. En realidad, no hay ningún gobierno que no lo haya hecho... perdón, no hay ningún gobierno que formalmente haya desconocido la posición del Gobierno de Chile.

Pero han guardado silencio.

—Hay algunos que han guardado silencio, por cierto. Pero creo que esto es interesante para quienes dicen que éste es un país tan aislado, que todo el mundo le

pega. Yo quiero que me traigan un gobierno, uno, que diga: "no estoy de acuerdo con el Gobierno de Chile". Si Pinochet es acusado de graves crímenes ante un tribunal extranjero, es razonable que personas, grupos políticos, partidos involucrados, vayan a decir: "nosotros queremos que lo juzguen aquí, o no creemos que lo hagan en Chile". Pero ¿se le puede pedir a un gobierno que asuma esas posturas? ¿Le puede pedir alguien al Gobierno de Chile que quien representa interna-

No le gusta que le formulen sugerencias sobre su futuro político, sobre todo cuando se le menciona la Moneda. Confiesa que ha pasado por períodos de muchas dudas al respecto, pero asegura que su carrera no terminará el año 2000. El canciller conversó con *Ercilla* sobre los candentes temas en los que le ha correspondido ser uno de los protagonistas: la detención del senador Pinochet; sus relaciones con el PS; la candidatura de Ricardo Lagos, y también se dio tiempo para calificar los mejores y los peores chistes de la década.

corresponde a cada uno. Si el Vaticano informó, a mí me parece muy bien que lo haya hecho...

¿Países europeos...?

—...Si algún otro quiere informar, lo hará. Pero a nosotros no nos corresponde identificarlos.

¿Y cómo valora el Gobierno la forma en que reaccionó el Vaticano?

—A mí me parece muy bien. Lo que el Vaticano plantea coincide exactamente con



"El gran problema de mucha gente en Chile -y aquí me refiero a algunos partidarios del general Pinochet- es que no son realistas. ¡Si el general está preso en Londres! No estamos discutiendo este tema en abstracto, con el señor sentado en su casa, en Santiago, de si lo van a juzgar o no en España. El problema es que está preso allá".

Patricia Ibáñez

cionalmente a la nación chilena vaya por el mundo diciendo: "No puedo hacer justicia, por favor háganla ustedes"?

Pero incluso ha habido parlamentarios de su propio partido que lo han pedido así.

-Puede haber discrepancias por una cosa o por otra. Yo no cuestiono el derecho de ellos a ir, pero no pueden cuestionar el derecho mío..., no el derecho, la obligación mía, de defender los intereses del Estado independiente.

El PS también criticó la forma en que actuaron los abogados del Gobierno de Chile...

-No hay nada más difícil que decirle a un estudio de abogados empeñado en ganar un caso -que además va a ser un caso histórico-: "mire, no use este argumento. Por favor, tenga cuidado con este otro. No, no diga eso". Entonces, ¿usted me pide que yo me meta en este lío con una mano amarrada a la espalda? Yo les dije, desde el momento en que los contraté: "Ustedes van a llevar este caso, estoy de acuerdo con estas bases". En general, lo defendieron así, porque no es lo mismo inmunidad de Estado que inmunidad soberana del jefe de Estado. Ellos, en un momento, dicen inmunidad que corresponde al Estado, y que sólo al Estado de Chile le corresponde levantar, es decir, en teoría, en la posición del Gobierno de Chile, al senador Pinochet se le podría retirar la inmunidad. En la de los abogados del senador Pinochet, no se le puede retirar, porque le pertenece a él.

¿Por el cargo que ocupó?

-Exacto. Entonces, no era una diferencia menor la que nosotros hacíamos entre inmunidad de Estado e inmunidad del jefe de Estado.

El Gobierno, ¿le puede quitar la inmunidad al general Pinochet?

-Claro que puede. Otra cosa es que no quiera, porque no reconoce la competencia de los tribunales británicos y españoles para juzgarlo.

Supongo que ya se ha puesto en el escenario de que el fallo no sea favorable al general Pinochet.

-Por cierto. Sería más fácil, desde el punto de vista esquemático, un escenario favorable. Pero quiero aclarar que existen muchos.

¿Cuántos visualiza?

-De los dos esenciales, que den o no la inmunidad, hay numerosas variables. Se podría dar la inmunidad para algunas cosas y para otras no. Por lo tanto, esta idea de que nosotros tenemos ya una declaración preparada, no es así. Por ejemplo, se da la inmunidad pero se valida la Convención sobre la Tortura sólo a partir del momento en que Chile la ratificó, en 1988, o simplemente se

valida para atrás. Nosotros discutimos mucho este asunto de hacernos parte en los juicios. No nos gusta, en principio, porque consideramos que un Estado no tiene que ir a litigar a los tribunales de otro Estado.

Pero al concurrir está reconociendo ese tribunal...

—Nosotros concurrimos para desconocer la competencia de los tribunales británicos. Uno de nuestros abogados empezó su alegato diciendo que el Estado de Chile no asignaba competencia a los tribunales británicos para esto, y por eso alegaba la inmunidad. Además, hay que ser realista en esta vida. El gran problema de mucha gente en Chile —y aquí me refiero a algunos partidarios del general Pinochet— es que no son realistas. ¡Si el general está preso en Londres! No estamos discutiendo este tema en abstracto, con el señor sentado en su casa, en Santiago, de si lo van a juzgar o no en España. El problema es que está preso allá. Hay que ser práctico, también.

La extradición está lejos, pero ¿qué puede pasar en el país si los Lores fallan en contra de la inmunidad del general?

—Francamente, creo que después de cinco meses el país está bastante tranquilo.

Tranquilo, ¿pero normal?

—Después de casi cinco meses uno se acostumbra a todo en esta vida. Este país no es lo mismo que en octubre y en noviembre. El Gobierno va a seguir defendiendo sus principios en todos los tribunales que corresponda, y en las cortes internacionales también.

Usted, ¿ha puesto en duda la investigación del juez Baltasar Garzón?

—No.

¿Cree que haya sido lo suficientemente acucioso?

—Bueno, ha equivocado nombres y fechas. El problema es que Garzón toma como su marco de referencia el régimen militar. Entonces, murió toda esta gente o fue torturada toda esta gente porque había un sistema, y el responsable de él era el general Pinochet. Lo que yo he dicho, simplemente, es que ese juicio no es procedente hacerlo ya en Chile —ni sería procedente hacerlo—, porque significa entrar en algo en lo cual la transición chilena no entró, que es la responsabilidad por la creación de una institucionalidad no democrática durante 16 o 17 años. A mí, la investigación del juez Garzón siempre me ha parecido algo que conduce a una condena moral, pero que no hace más verdad ni más justicia respecto de los casos concretos de violación de los derechos humanos. No creo que los desaparecidos puedan ser encontrados en España, la única posibilidad está en Chile.

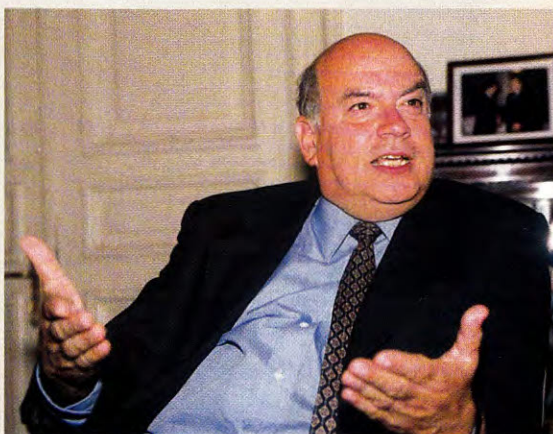
¿Y es una posibilidad cierta?

—Aquí hay un problema de voluntad política. En la ley no hay nada que lo impida, a mi juicio. Eso es obvio, a partir de 1978, pero incluso antes hay ya jurisprudencia de la Corte Suprema en ese sentido.

¿Falta de voluntad?

—Falta voluntad política. Si se privilegia la tranquilidad —no voy a decir la paz— y la apariencia de normalidad por sobre la verdad y la justicia, no hay nada que podamos hacer.

"La verdad es que yo no he pensado ni salirme ni cambiarme del PS".



Patricio Ibañez



Patricio Ibañez

"No creo haber tenido un exilio demasiado desgraciado. Hay otra gente que lo pasó mucho peor".

El no juzgamiento de Pinochet en Chile, ¿puede ser uno de los costos de la recuperación de la democracia?

—No creo que no pueda ser juzgado en Chile. Eso es lo que me corresponde a mí certificar.

¿Cuántos costos más habría que pagar?

—Esta es una crisis totalmente inesperada. He dicho que este caso no se va a cerrar mientras no se sepa qué pasó con los desaparecidos y con los ejecutados políticos. Ni en esta generación ni en la próxima. A partir de eso, el país tiene que buscar los mecanismos para —como dijo el ex presidente Aylwin— hacer verdad y justicia en la medida de lo posible.

EL PS Y GADHAFY

Hablemos ahora sobre su relación con el Partido Socialista...

—Ese es un tema sobre el cual me gusta poco hablar. El PS tiene el perfecto derecho a tener la posición que tiene, y que yo no la cuestiono.

Pero hay gente que pidió su expulsión, y tal vez todavía lo desea.

—Bueno, en materia de deseos, siempre existen... En democracia, uno está en situación de que todo el mundo puede pedir lo que quiera ante el organismo que corresponda, pero mi relación en este momento

vador— le dijo: “¿Por qué se sienta con nuestros enemigos?”. Y Churchill contestó: “No, no, yo me siento con mis adversarios, mis enemigos están allá, al frente”. En todos los partidos existen pugnas, grupos y gente que se pelea con uno.

Recordando ahora el exilio, ¿qué sensaciones inundan su mente cuando se le habla de Buenos Aires, Roma y México?

—Yo estaba en París, y viajé el 13 de septiembre a Buenos Aires. De pronto, llega la sensación de no poder volver y de ser extranjero sin remedio. Uno puede vivir en otro país muy a gusto, pero por obligación. Por ejemplo, no tuve ningún problema de residencia ni laboral en México, pero si así hubiera sido, no habría podido decir: me vuelvo a Chile. Y eso pesa. Pero dentro de ese marco, no creo haber tenido un exilio demasiado desgraciado. Hay otra gente que lo pasó mucho peor.

Su exilio fue bastante agitado, con mucha actividad política. ¿Cree que lo que se hizo desde afuera tuvo un porcentaje importante en la recuperación de la democracia?

—Bueno, eso está a la vista ahora.

Pero hay gente que se quedó y dio la pelea acá...

—Sí, pero el conocimiento que se tiene en el mundo sobre el tema de los derechos humanos en Chile es herencia de los años del exilio. Eramos muchos miles de activistas que promovíamos esa causa.

Es curiosa la vida. ¿Se imaginó que ahora iba a estar defendiendo a quien en ese momento era su adversario?

—Insisto en que no defiendo al señor Pinochet. Toda persona tiene derecho a una defensa judicial, pero políticamente no la merece.

Durante sus actividades como exiliado... estuvo también en África del Norte. ¿Fue a Trípoli alguna vez?

—Estuve en Trípoli alguna vez.

¿Estuvo con Gadhafi?

—Sí, efectivamente. En una ocasión hicimos una reunión en Trípoli de los comités de solidaridad con Chile de todo el mundo.

¿Le pidieron ayuda?

—Yo no, personalmente. Nosotros, como partido, como organización, nunca.

Como Mapu, en esos años.

—Como Mapu Obrero Campesino.

En ese viaje, también fue gente del MIR...

—Sí, claro, pero era una reunión de comités de solidaridad. Nosotros siempre planteamos, al principio junto a los partidos Comunista, Radical y con algunos sectores del Socialista, la recuperación de la democracia por la vía pacífica. Luego el PC cam-

con la dirección del Partido es perfectamente normal, y espero que se mantenga así.

Parece que usted se siente mejor con el presidente que con el PS.

—Las relaciones de los ministros con los partidos siempre están sujetas al hecho de que cualquier problema es elevado a la categoría de conflicto, pero no me siento incómodo, lo digo con mucha franqueza.

Lo que pasa, ministro, es que esas dificultades—reales o aparentes— con el PS, y ese afiatamiento con el presidente, que es DC, puede constituir una suerte de acercamiento retrospectivo.

—No. La verdad (ríe) es que yo no he pensado ni salirme ni cambiarme del PS. Usted sabe que hay una famosa frase de Winston Churchill, quien en una ocasión entró a la Cámara de los Comunes y se sentó con los laboristas. Entonces, uno de los miembros de su partido —él era conser-

biaría —como usted ya sabe— su postura, en los años 80. Pero desde ese punto de vista, no habríamos ido allí, no nos habrían invitado, si no fueran todos los partidos. Nosotros no éramos de ese círculo, de ese circuito. Éramos más de la socialdemocracia europea, y también de algunos países del campo socialista.

¿Tuvo ocasión de hablar con Gadhafy?

—No. Tuve la ocasión de estar sentado en una reunión en que él estaba y escucharlo hablar, pero...

¿Hablar sobre Chile...?

—No, no...; mire, él habló sobre muchas cosas. Pero le quiero contar que sí tuve la oportunidad de hablar personalmente con Gadhafy, durante una reunión de los Países No Alineados. Clodomiro Almeyda me pidió que yo fuera en su representación, pero me dio mal la hora, y llegué solo, media hora antes que todos los demás. Por eso pude conversar con él, que curiosamente en ese momento estaba peleado con Cuba, y tenía mucho interés en relacionarse con países de América Latina que tuvieran esa posición. El Gobierno de la Unidad Popular no estaba particularmente interesado en eso (ríe), así es que no fue una conversación muy fructífera.

LA CONCERTACION

En materia de elecciones presidenciales, usted señaló que si Ricardo Lagos quiere ser un buen candidato, debe ir más allá del PPD, del PS y de la propia Concertación. ¿Cree que lo ha logrado?

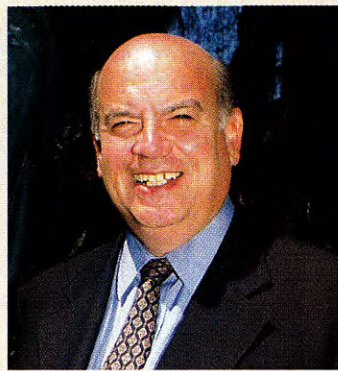
—Con todas las prevenciones que implican para un ministro hablar de estos temas —pero todo el mundo sabe de qué partido soy—, creo que Lagos garantiza, primero, el concertacionismo, y luego, también el suprapartidismo como jefe de Estado.

¿No terminarán las primarias con algunos magullados entremedio?

—El problema es que en Chile existe poca experiencia en primarias, pero en los países que las tienen, los candidatos se tratan mucho más duramente. Prefiero tomar el lado positivo y decir que la campaña ha sido muy tranquila. No se han dicho epítetos. Cuando más, se han formulado críticas con mucho respeto. Comparto la frase de mi amigo Jaime Ravinet en el último *Ercilla*, cuando dice “esto es sin llorar”.

¿Se siente un bombero apagando incendios? Le tocó Paranal, la Convención de Lima, los asuntos limítrofes con Argentina, y ahora el caso de los funcionarios de su Ministerio acusados de colaborar con la Dina.

BUENOS Y MALOS CHISTES



so por contar chistes...

—Soy bueno para contar chistes. Por ahí aparezco como una persona que no debería faltar en una reunión social. Otro que aparece siempre es Carlos Mladinic. Lo llamé y le pregunté por qué no íbamos al Festival de Viña el próximo año. Me gustan las reuniones sociales, pero de poca gente.

¿Cuál fue el peor chiste de los 90?

—El que decía que terminada la “guerra fría” se acababan los conflictos en el mundo. Hoy día usted mira cómo está el mundo, y

no cabe duda de que eso es un chiste ¿O no?

¿Y el mejor?

—El retorno de América Latina a la senda democrática. El fin del comunismo es de la década anterior, por eso no lo mencioné.

¿Y ese fue un chiste bueno o malo?

—Creo que fue bueno, finalmente, pero el error está en haber pensado que eso terminaba los conflictos, y no en que abría otros nuevos, distintos. El fin de la “guerra fría” también tuvo sus consecuencias negativas, principalmente en el desorden del sistema internacional.

¿Quién lo apodó “La Vieja”?

—Jaime Ravinet, por mi mal genio, cuando estábamos en la Fech.

¿Mal genio o de genio cambiante?

—Soy explosivo. No tengo enojos muy duraderos.

¿Es rencoroso?

—Poco, poco rencoroso.

Pero dicen que no olvida fácilmente...

—Depende de la magnitud y el carácter de la afrenta. Cuando me tratan de mentiroso, me dura bastante. Cuando afectan mi honra y la de mi familia, eso me dura mucho tiempo. Otras cosas las tomo como peleas políticas pasajeras.

Estaba contento el canciller después de unas cortas vacaciones por el sur de Chile. Todavía se sonreía al recordar sus encuentros con los pocos veraneantes que lo reconocían. “No le ponga tanto, ministro. Deje al caballero allá, no más”, le decían. Pero volvió a fruncir el ceño cuando se enteró de que algunos de sus funcionarios de confianza —entre ellos su jefe de gabinete— eran señalados públicamente como personajes vinculados a la Dina.

Explica que hay una Ley de Inamovilidad que permitió que todos los funcionarios de la planta, de todos los ministerios, permanecieran allí después de terminado el régimen militar, y que hay mucha gente que entró a trabajar en la administración pública entre 1973 y 1990, “pero eso no los convierte en culpables de violaciones a los derechos humanos ni nada por el estilo”. Y, en tercer lugar, “en este caso específico, la mayor parte de los casos son falsos”.

Usted calificó esta situación en términos duros...

—Hablé de una “caza de brujas”.

Exacto.

—Claro. Cuando alguien dice que un señor que es abogado, que fue cadete de la Escuela Naval alguna vez, que entró al Ministerio en los años 60, que fue ascendido a la planta diplomática en 1971, con quien yo trabajé durante el Gobierno del presidente Allende —y por eso lo conozco, lo nombré mi jefe de gabinete— aparece como metido al Ministerio durante el régimen militar por el almirante Merino... ¡eso es “caza de brujas”, pues! Lo que pasa es que en el país hay un ambiente del que se aprovecha alguna gente que trabaja o ha trabajado aquí. Creo saber, además, quiénes son esas personas, pero no tengo ninguna prueba, por eso me lo guardo.

Durante su época de dirigente universitario usted era famo-

—Distingamos. Hay temas que son permanentes de política exterior. Probablemente haya tenido mala fortuna, y de pronto me ha salido un poco más dramático el campo laboral.

Hay incendios intencionales y otros no.

—La ventaja que tienen los incendios es que nunca más se habla de ellos. Yo no podía pararme de una reunión del comité central sin que me preguntaran cuándo se reanudarían las relaciones con Cuba, me interpelaban por ello. El día que se hizo, nadie me volvió a hablar del asunto. Y no crea que recibí alguna felicitación o me mandaron una carta diciendo: ¡qué bueno! En el caso de Paranal, inauguramos el telescopio y todo el mundo se olvidó, y antes me perseguían en auto cuando me iba a juntar con el director de Paranal. Los temas van saliendo y se van muriendo. Hay otros temas, como el limítrofe con Argentina, el del Mercosur, que son permanentes de la política chilena, y a esos no los calificaría de incendios, son parte de nuestra actividad central.

Su carrera política ha sido estable y ascendente, pese a sus cambios de partido político. ¿Cuándo se va a detener? ¿Cuál es su meta?

—Mi meta era ser ministro de Relaciones Exteriores. Soy un político y un profesional de las relaciones internacionales. Si uno fuera médico y político, querría ser ministro de Salud. Pero yo lo tenía pensado para mucho más tarde...

Pero a más de alguno ya se le ocurre lo que podría hacer más adelante...

—Sí, pero...

¿La Moneda?

—Dos cosas: uno, no creo tener ambición suficiente para eso, o ganas. Y, segundo, pienso que éste es un país que es esencialmente conservador, en el que los liderazgos políticos toman mucho tiempo en formarse. Esas cosas se demoran mucho, hay que tener paciencia, convicción...

¿Y ambición?

—Ambición, capacidad. La verdad es que no me he planteado si tengo todas esas cosas.

¿No le parece que, a veces, la clase política tiene más ambición que paciencia?

—Si usted va a un convento de curas, espera encontrar gente con vocación religiosa. Y si va a un partido político, gente con vocación de poder, por algo están ahí. Esa es la realidad.

Pero no todos los curas quieren ser obispos o cardenal.

—Yo creo que todos los curas quieren ser obispos o cardenal. Y todos los políticos quieren —no le digo que aspiren ser todos presidente de la República— ir un paso más allá de donde están.

¿Y a usted le falta un paso?

—Le confieso que he pasado por períodos de mucha duda respecto de eso, pero... voy a seguir en política. Estoy en esto desde 1961, y no voy a concluir mi vida política el 2000, claro que no tengo muy claro que voy a hacer.

¿Talvez el Congreso?

—No descarto nada.

Arturo Castillo Vicencio